CULTURAS
Página/12

LOS INTELECTUALES FRENTE AL NAZISMO

LA NOCHE DE LOS PROFETAS

La Alemania de Adolfo Hitler llega a ofrecer 50.000 marcos por la cabeza de Einstein acusándolo de corromper la "física aria" pretendiendo, al mismo tiempo, suplantarla por una "física judía". En la misma Alemania y por la misma época, Carl Jung, supuesto discípulo de Freud —de quien no aprendió nada—, reflexionaba en voz alta acerca de la superioridad del inconsciente ario respecto del judío.

Estos episodios —perlas negras de un largo y luctuoso collar de hechos similares— son rescatados por un libro reciente titulado *Profetas malditos. El mundo trágico de Freud, Mahler, Einstein y Kafka*, del escritor y periodista Frederic V. Grunfeld, editor consejero de *Time-Life* y colaborador de *Saturday Review*. Uno de los objetivos de Grunfeld, según lo cuenta él mismo, "es ofrecer al público no familiarizado con esta época de la historia una idea de lo que se perdió con el colapso del renacimiento de Weimar y de lo que todavía hoy permanece olvidado".

Un recordatorio semejante es siempre tan necesario como oportuno.

Este suplemento, a su manera, intenta ser un reflejo del gesto de Grunfeld. Por tal motivo ha convocado a Tomás Eloy Martínez, quien traza un minucioso retrato de Hermann Broch, autor de *La muerte de Virgilio*, uno de los mayores escritores alemanes contemporáneos, quien presagió —sobre todo en su novela *Los inocentes*— el avance ineluctable del nazismo, del cual fue víctima transitoria. Viviana Gorbato por su parte, informa sobre el contenido y la importancia del libro de Grunfeld y sobre un acontecimiento poco estudiado de la época: el XIV Congreso Internacional de Escritores de los PEN Clubs, reunido en 1936 en Buenos Aires, en el cual polemizaron, violentamente, prestigiosos intelectuales fascistas y antifascistas. Finalmente, Osvaldo Bayer escribe sobre la crisis del pensamiento alemán y destaca paralelismos con episodios argentinos.

***El Tercer Reich* (1935)**
Gert Arntz

EL DESPERTAR DE LA NUEVA BARBARIE

Por Osvaldo Bayer

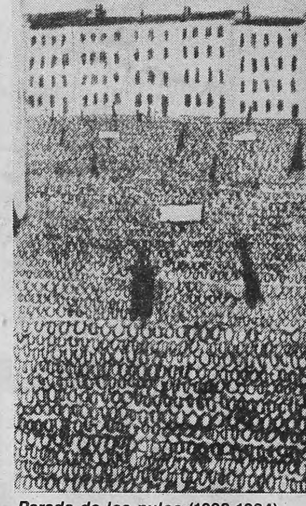
En 1925 se editaron por primera vez dos libros en Alemania: *Mi lucha*, de Adolf Hitler, y *El Proceso* (en edición póstuma) de Franz Kafka. La historia tiene sus grandes advertencias. Y le dio la razón a Kafka.

Robert Musil y Hermann Broch habían descrito en sus obras —ya antes de 1933— la crisis del pensamiento alemán, su indefectible marcha hacia lo irracional, la búsqueda de la total embriaguez en lo irracional. En 1933 es el gran golpe de gong que inicia esa gran orgía de la irracionalidad: al pensamiento se lo quema en la hoguera medieval. Las piras en la Unter den Linden sirven al hombre para purificarse del pecado abominable de pensar. Se queman vivos a Marx y a Freud, reduciendo a cenizas sus libros. Cada libro que se tira a la hoguera en la Plaza de la Opera es acompañado por un "¡aaah!" de alivio. Es un pecado menos, una mancha menos en el alma. El pensamiento, la razón, es reemplazada por el grito: "¡Heil Hitler!". Doce años después, el inspirador de las piras contra la razón, Josef Goebbels, lleva hasta las últimas consecuencias su irracionalismo y mata a la vida: con su mano elimina a sus seis hijos. (En la Argentina de los generales el quemador de libros teniente coronel Gorleri —"por Dios, Patria y Hogar"— no se suicidó ni fue enjuiciado, al contrario, fue ascendido a general de la Nación por la democracia, a proposición del presidente Alfonsín y por el voto unánime de las bancadas senatoriales radicales y peronistas. Pregunta: ¿es que tal vez la cultura para nosotros sea un tema más superficial?).

Para los artistas alemanes —pintores, escultores del posimpresionismo, del expresionismo, del realismo mágico, del concretismo, del constructivismo, del surrealismo— el castigo fue peor que el fuego: se reunieron sus obras en una gran exposición: la del *Arte degenerado* en Munich. Allí todos los ciudadanos con sus mujeres y sus hijos podían ir a burlarse. Era peor que exponer a los artistas desnudos y dejar que los escupieran, los blasfemaran, los pedorrearan, los lapidaran: esos artistas puros e íntegros, los artistas de la búsqueda, Käthe Kollwitz, Alfred Kubin, Ernst Ludwig Kirchner, Marc Chagall, Oskar Schlemmer, August Macke, Max Pechstein, Oskar Kokoschka, Max Meckmann, Paul Klee.

Es que el fascismo alemán no se quedó en las formas ni en la teoría: llevó la irracionalidad hasta las últimas consecuencias. Y lo dijo y proclamó orgulloso: el nacionalismo es el contra-movimiento contra el intelecto racional y sus efectos decadentes y disolventes. Como símbolo se cuelga al bello poeta libertario Erich Mühsan de un caño sobre una letrina. Raza, sangre y tierra son los términos que reemplazan a libertad, igualdad y fraternidad. Se inicia la caza del intelectual "decadente": persecución y exilio para Heinrich Mann, Erich Maria Remarque, Alfred Döblin y cientos más. Es la hora del oportunismo o de mostrar la verdadera personalidad. El mayor poeta alemán, Gottfried Benn, proclama por radio al nazismo como la revolución de la raza blanca, como el nacimiento de un nuevo tipo biológico, heroico y vencedor. (Nuestro Jorge Luis Borges, al aceptar la condecoración de Pinochet comparó a Chile como el país con forma de espada.) Gerhard Hauptmann y el músico Richard Strauss envían sus obedientes saludos al Führer (Ernesto Sábato en marzo del '76 proclama ante todos los diarios del país y agencias nacionales y extranjeras a Videla como "un general culto").

Oswald Spengler, el filósofo de la *Decadencia de Occidente*, avala el nuevo irracionalismo vital y viril. Llama a imitar al superhombre de Nietzsche y al despertar de la "nueva barbarie" porque el ser humano es un "animal de presa". El filósofo se estremece de placer en el camino de la irracionalidad y escribe en ese 1933: *"El tiempo llegará —¡no, ya está entre nosotros! —en que no haya más espacio para almas delicadas e ideales débiles. La antigua barbarie, que durante siglos ha yacido encadenada y escondida bajo las formas severas de una alta cultura, despierta de nuevo, ahora, cuando esa cultura está terminada y la civilización ha comenzado. Sí, aquella sana alegría guerrera en la propia fuerza, que desprecie la época harta del pensamiento racionalista, ese instin[...] inclaudicable de la raza, que quiere vivir lib[...] rada por la presión de las masas de bibliotec[...] y de los ideales enseñados por los libros"* (En la Argentina de los generales se persigu[...] a la cultura por ideales menos rebuscado[...] por un irracionalismo más barato: por la f[...] losofía del "déme dos", de la "bicicleta f[...] nanciera", por los viajes a Miami en cuotas



***Parada de los nulos* (1933-1934)**
Werner Heldt

El superhombre ario, el nuevo "bárbar[...] viril" encontró su tumba en Stalingrado. L[...] consumación de su barbarie fue Auschwit[...] Después, las mujeres debieron pagar el irr[...] cionalismo de esos guerreros levantand[...] ladrillo por ladrillo las ciudades en ruina[...] (La Argentina del crimen político perfec[...] —la de la desaparición de personas— fue d[...] jada al desnudo por un grupo de humild[...]

LA DERROTA DEL ESPIRITU PURO

Por Viviana Gorbato

El poeta romántico Heinrich Heine escribía en 1838 acerca de la profunda afinidad que existe entre estas dos naciones éticas, la judía y la alemana. "Ambas estaban destinadas a crear conjuntamente un Nuevo Jerusalem en Alemania, una Palestina moderna", dijo, que surgiría como "el hogar de la filosofía, la tierra madre de la profecía y la ciudadela del espíritu puro"

Con esta cita de Heine que el nazismo convirtió en una cruel ironía, inicia el escritor y periodista Frederic V. Grunfeld su libro *Profetas malditos. El mundo trágico de Freud, Mahler, Einstein y Kafka*. A pesar del doloroso final, la profecía de Heine no fue del todo errónea. Durante más de medio siglo, la confluencia de estos dos tradiciones intelectuales, la germana y la judía, produjo tal cantidad de literatura, música e ideas que si no hubiera sido por la tragedia, los historiadores culturales estarían ahora hablando de ella como una edad de oro sólo inferior al renacimiento italiano.

Freud, Mahler, Einstein y Kafka no eran un fenómeno aislado, tenían "un aire de familia". Todos ellos poseían el "entusiasmo vehemente" de los judíos emancipados a los que las libertades políticas concedidas en el siglo XIX habían permitido salir del ghetto e integrarse a la vida política y cultural europea. Hijos de comerciantes, banqueros y artesanos, el acceso a las universidades les revelaba un mundo nuevo. Todos compartían también una especie de "neurosis de trabajo", una irritabilidad crónica y un afán de sobresalir. Freud cuando era un joven residente de hospital prometió a su novia, en plan gracioso que, en adelante, intentaría vivir "como viven los gentiles: con modestia, aprendiendo y practicando las cosas normales y no esforzándome en hacer descubrimientos e investigar profundamente". No cumplió su promesa: llegó a trabajar de dieciséis a dieciocho horas por día. El horario de trabajo diario de Mahler en la década de 1890 era igualmente agotador.

No había nada en la antigua tradición judía que les obligara a trabajar tanto, ésta era una enfermedad específicamente judeo-alemana. Las horas extra de labor tenían como objetivo compensar las desventajas de ser un extraño en un mundo, a veces, hostil. Freud decía que la discriminación era más un acicate que un obstáculo para la gente dotada.

A principios de siglo, la "tarjeta de admisión a la cultura europea", como lo llamaba Heine, era el certificado de bautismo. Ese fue el camino también elegido por Mahler que, a pesar de ser el mejor intérprete de Wagner de su época, tropezaba siempre con el antisemitismo de Cossima Wagner (esposa del músico) que prohibió su presencia artística en importantes festivales. Sólo cuando se convirtió al catolicismo en 1897 pudo acceder al cargo de director de la Opera de la Corte en Viena.

Aun los que eran contrarios a la conversión al catolicismo como Freud llevaron una vida poco judía.

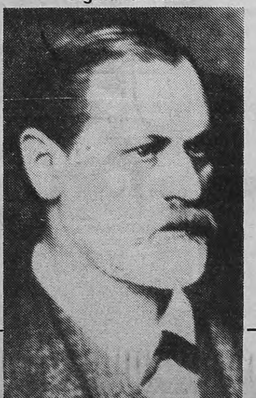
Los intentos de asimilación de estos intelectuales fracasaron. Todo lo que pudieran llegar a hacer sería etiquetado al instante como "típicamente judío". Los nazis llegaron a ofrecer 50.000 marcos por la cabeza de Einstein; se lo acusaba de corromper la "física aria" y querer suplantarla por una "física judía". Freud vio cómo su ex discípulo y heredero Jung escribía acerca de la inferioridad intrínseca del inconsciente judío frente al ario. "Desde mi punto de vista ha sido un gran error de la psicología médica el aplicar categorías judías a cristianos, germanos y eslavos... Así el secreto más preciado del hombre teutónico se ha convertido hábilmente en una escupidera banal e infantil mientras, durante décadas, mi voz denunciadora era sospechosa de antisemitismo. Freud fue el responsable de esta insinuación. El no conocía más el alma teutónica de lo que la conocían sus seguidores en Alemania. ¿Será el poderoso fenómeno del nacionalsocialismo, al que todo el mundo contempla con asombro el que tendrá que enseñarles?", publica Jung este ensayo en la revista *Zentralblatt* (1934), coeditada con el doctor M. H. Goering, primo del jerarca nazi Hermann Goering.

Al menos en un aspecto las afirmaciones de Jung sobre su antiguo amigo eran correctas y demostrables. Freud no conocía el alma teutónica. En 1930, le dijo al embajador americano en Berlín, W. C. Bullitt: "Una nación que produjo a Goethe no puede ir mal".

El más clarividente de todos ellos fue, sin duda, Franz Kafka. La prosa burocráti[...] de *El Proceso* iba a prefigurar el extern[...] nio científico y masivo impulsado por el n[...] zismo. En Kafka, se da una vuelta a la tr[...] dición, a los valores que habían conservad[...] los judíos polacos y de los cuales renegab[...] los alemanes.

"Escribir es rezar" decía, al tiempo q[...] observaba con inquietud las hazañas rev[...] lucionarias de intelectuales de izquierda p[...] cifistas como Gustav Landauer, Ern[...] Toller, Erich Musham. En una carta a M[...] Brod le dice que los judíos habían ido d[...] masiado lejos: "Siempre han intentado er[...] pujar a Alemania a cosas que podrían s[...] aceptadas despacio y a su manera, pero s[...] rán rechazadas por provenir de forasteros" *Profetas malditos...* es definida por [...] autor como una "biografía colectiva". E[...] esto, reside su encanto principal para el le[...] tor no erudito en literatura alemana de pr[...] guerra. Grunfeld rescata la historia de int[...] lectuales muy conocidos en su época y q[...] hoy, sin embargo, han sido olvidados p[...] las nuevas generaciones. Historias irónic[...]

Sigmund Freud



Albert Einstein



Franz Kafka



Gustav Mahler



EL DESPERTAR DE LA NUEVA BARBARIE

Por Osvaldo Bayer

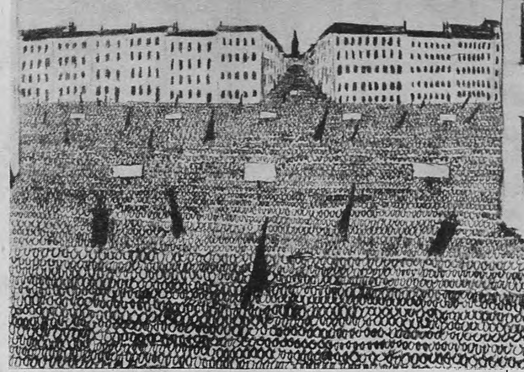
En 1925 se editaron por primera vez dos libros en Alemania: *Mi lucha*, de Adolf Hitler, y *El Proceso* (en edición póstuma) de Franz Kafka. La historia tiene sus grandes advertencias. Y le dio la razón a Kafka.

Robert Musil y Hermann Broch habían descrito en sus obras —ya antes de 1933— la crisis del pensamiento alemán, su indefectible marcha hacia lo irracional, la búsqueda de la total embriaguez en lo irracional. En 1933 es el gran golpe de gong que inicia esa gran orgía de la irracionalidad: al pensamiento se lo quema en la hoguera medieval. Las piras en la Unter den Linden sirven al hombre para purificarse del pecado abominable de pensar. Se queman vivos a Marx y a Freud, reduciendo a cenizas sus libros. Cada libro que se tira a la hoguera en la Plaza de la Opera es acompañado por un "¡aaah!" de alivio. Es un pecado menos, una mancha menos en el alma. El pensamiento, la razón, es reemplazada por el grito: "¡Heil Hitler!". Doce años después, el inspirador de las piras contra la razón, Josef Goebbels, lleva hasta las últimas consecuencias su irracionalismo y mata a la vida: con su mano elimina a sus seis hijos. (En la Argentina de los generales el quemador de libros teniente coronel Gorleri —"por Dios, Patria y Hogar"— no se suicidó ni fue enjuiciado, al contrario, fue ascendido a general de la Nación por la democracia, a proposición del presidente Alfonsín y por el voto unánime de las bancadas senatoriales radicales y peronistas. Pregunta: ¿es que tal vez la cultura para nosotros sea un tema más superficial?).

Para los artistas alemanes —pintores, escultores del posimpresionismo, del expresionismo, del realismo mágico, del concretismo, del constructivismo, del surrealismo— el castigo fue peor que el fuego: se reunieron sus obras en una gran exposición: la del *Arte degenerado* en Munich. Allí todos los ciudadanos con sus mujeres y sus hijos podían ir a burlarse. Era peor que exponer a los artistas desnudos y dejar que los escupieran, los blasfemaran, los pedorrearan, los lapidaran: esos artistas puros e íntegros, los artistas de la búsqueda, Käthe Kollwitz, Alfred Kubin, Ernst Ludwig Kirchner, Marc Chagall, Oskar Schlemmer, August Macke, Max Pechstein, Oskar Kokoschka, Max Meckmann, Paul Klee.

Es que el fascismo alemán no se quedó en las formas ni en la teoría: llevó la irracionalidad hasta las últimas consecuencias. Y lo dijo y proclamó orgulloso: el nacionalismo es el contra-movimiento contra el intelecto racional y sus efectos decadentes y disolventes. Como símbolo se cuelga al bello poeta libertario Erich Mühsan de un caño sobre una letrina. Raza, sangre y tierra son los términos que reemplazan a libertad, igualdad y fraternidad. Se inicia la caza del intelectual "decadente": persecución y exilio para Heinrich Mann, Erich Maria Remarque, Alfred Döblin y cientos más. Es la hora del oportunismo o de mostrar la verdadera personalidad. El mayor poeta alemán, Gottfried Benn, proclama por radio al nazismo como la revolución de la raza blanca, como el nacimiento de un nuevo tipo biológico, heroico y vencedor. (Nuestro Jorge Luis Borges, al aceptar la condecoración de Pinochet comparó a Chile como el país con forma de espada.) Gerhard Hauptmann y el músico Richard Strauss envían sus obedientes saludos al Führer (Ernesto Sábato en marzo del'76 proclama ante todos los diarios del país y agencias nacionales y extranjeras a Videla como "un general culto").

Oswald Spengler, el filósofo de la *Decadencia de Occidente*, avala el nuevo irracionalismo vital y viril. Llama a imitar al superhombre de Nietzsche y al despertar de la "nueva barbarie" porque el ser humano es un "animal de presa". El filósofo se estremece de placer en el camino de la irracionalidad y escribe en ese 1933: "*El tiempo llegará —¡no, ya está entre nosotros! —en que no haya más espacio para almas delicadas e ideales débiles. La antigua barbarie, que durante siglos ha yacido encadenada y escondida bajo las formas severas de una alta cultura, despierta de nuevo, ahora, cuando esa cultura está terminada y la civilización ha comenzado. Sí, aquella sana alegría guerrera en la propia fuerza, que desprecie la época harta del pensamiento racionalista, ese instinto inclaudicable de la raza, que quiere vivir liberada por la presión de las masas de biblioteca y de los ideales enseñados por los libros*". (En la Argentina de los generales se persiguió a la cultura por ideales menos rebuscados, por un irracionalismo más barato: por la filosofía del "déme dos", de la "bicicleta financiera", por los viajes a Miami en cuotas.)



Parada de los nulos (1933-1934)
Werner Heldt

El superhombre ario, el nuevo "bárbaro viril" encontró su tumba en Stalingrado. La consumación de su barbarie fue Auschwitz. Después, las mujeres debieron pagar el irracionalismo de esos guerreros levantando ladrillo por ladrillo las ciudades en ruinas. (La Argentina del crimen político perfecto —la de la desaparición de personas— fue dejada al desnudo por un grupo de humildes mujeres con pañuelos blancos que salieron a la calle a buscar a sus hijos.)

El edificio de Tempelhof, símbolo de la arquitectura de la barbarie nazi, ostenta desde hace 42 años la bandera norteamericana. Allí Ronald Reagan y su Nancy entonaron el "happy birtdhay to you" mientras oleadas de confetino lograban desdibujar su sonrisa para los televisores. La barbarie no estaba ya presente pero lo irracional campea siempre, esta vez en el consumismo del auto y la energía atómica. (A cuatro años de democracia, los argentinos discuten hoy si hay que ascender o no a un trágico muñeco uniformado asesino de dos monjas y una adolescente.) La irracionalidad, la barbarie y el oportunismo están en todas las latitudes, en todos los tiempos.

LA DERROTA DEL ESPIRITU PURO

Por Viviana Gorbato

El poeta romántico Heinrich Heine escribía en 1838 acerca de la profunda afinidad que existe entre estas dos naciones éticas, la judía y la alemana. "Ambas estaban destinadas a crear conjuntamente un Nuevo Jerusalem en Alemania, una Palestina moderna", dijo, que surgiría como "el hogar de la filosofía, la tierra madre de la profecía y la ciudadela del espíritu puro"

Con esta cita de Heine que el nazismo convirtió en una cruel ironía, inicia el escritor y periodista Frederic V. Grunfeld su libro *Profetas malditos. El mundo trágico de Freud, Mahler, Einstein y Kafka.* A pesar del doloroso final, la profecía de Heine no fue del todo errónea. Durante más de medio siglo, la confluencia de estas dos tradiciones intelectuales, la germana y la judía, produjo tal cantidad de literatura, música e ideas que si no hubiera sido por la tragedia, los historiadores culturales estarían ahora hablando de ella como una edad de oro sólo inferior al renacimiento italiano.

Freud, Mahler, Einstein y Kafka no eran un fenómeno aislado, tenían "un aire de familia". Todos ellos poseían el "entusiasmo vehemente" de los judíos emancipados a los que las libertades políticas concedidas en el siglo XIX habían permitido salir del ghetto e integrarse a la vida política y cultural europea. Hijos de comerciantes, banqueros y artesanos, el acceso a las universidades les revelaba un mundo nuevo. Todos compartían también una especie de "neurosis de trabajo", una irritabilidad crónica y un afán de sobresalir. Freud cuando era un joven residente de hospital prometió a su novia, en plan gracioso que, en adelante, intentaría vivir "como viven los gentiles: con modestia, aprendiendo y practicando las cosas normales y no esforzándome en hacer descubrimientos e investigar profundamente". No cumplió su promesa: llegó a trabajar de dieciséis a dieciocho horas por día. El horario de trabajo diario de Mahler en la década de 1890 era igualmente agotador.

No había nada en la antigua tradición judía que les obligara a trabajar tanto, ésta era una enfermedad específicamente judeo-alemana. Las horas extra de labor tenían como objetivo compensar las desventajas de ser un extraño en un mundo, a veces, hostil. Freud decía que la discriminación era más un acicate que un obstáculo para la gente dotada.

A principios de siglo, la "tarjeta de admisión a la cultura europea", como lo llamaba Heine, era el certificado de bautismo. Ese fue el camino también elegido por Mahler que, a pesar de ser el mejor intérprete de Wagner de su época, tropezaba siempre con el antisemitismo de Cossima Wagner (esposa del músico) que prohibió su presencia artística en importantes festivales. Sólo cuando se convirtió al catolicismo en 1897 pudo acceder al cargo de director de la Opera de la Corte en Viena.

Aun los que eran contrarios a la conversión al catolicismo como Freud llevaron una vida poco judía.

Los intentos de asimilación de estos intelectuales fracasaron. Todo lo que pudieran llegar a hacer sería etiquetado al instante como "típicamente judío". Los nazis llegaron a ofrecer 50.000 marcos por la cabeza de Einstein; se lo acusaba de corromper la "física aria" y querer suplantarla por una "física judía". Freud vio cómo su ex discípulo y heredero Jung escribía acerca de la inferioridad intrínseca del inconsciente judío frente al ario. "Desde mi punto de vista ha sido un gran error de la psicología médica el aplicar categorías judías a cristianos, germanos y eslavos... Así el secreto más preciado del hombre teutónico se ha convertido hábilmente en una escupidera banal e infantil mientras, durante décadas, mi voz denunciadora era sospechosa de antisemitismo. Freud fue el responsable de esta insinuación. El no conocía más el alma teutónica de lo que la conocían sus seguidores en Alemania. ¿Será el poderoso fenómeno del nacionalsocialismo, al que todo el mundo contempla con asombro el que tendrá que enseñarles?"; publica Jung este ensayo en la revista *Zentralblatt* (1934), coeditada con el doctor M. H. Goering, primo del jerarca nazi Hermann Goering.

Al menos en un aspecto las afirmaciones de Jung sobre su antiguo amigo eran correctas y demostrables. Freud no conocía el alma teutónica. En 1930, le dijo al embajador americano en Berlín, W. C. Bullitt: "Una nación que produjo a Goethe no puede ir mal".

El más clarividente de todos ellos fue, sin duda, Franz Kafka. La prosa burocrática de *El Proceso* iba a prefigurar el exterminio científico y masivo impulsado por el nazismo. En Kafka, se da una vuelta a la tradición, a los valores que habían conservado los judíos polacos y de los cuales renegaban los alemanes.

"Escribir es rezar" decía, al tiempo que observaba con inquietud las hazañas revolucionarias de intelectuales de izquierda pacifistas como Gustav Landauer, Ernst Toller, Erich Musham. En una carta a Max Brod le dice que los judíos habían ido demasiado lejos: "Siempre han intentado empujar a Alemania a cosas que podrían ser aceptadas despacio y a su manera, pero serán rechazadas por provenir de forasteros"

Profetas malditos... es definida por su autor como una "biografía colectiva". En esto, reside su encanto principal para el lector no erudito en literatura alemana de preguerra. Grunfeld rescata la historia de intelectuales muy conocidos en su época y que hoy, sin embargo, han sido olvidados por las nuevas generaciones. Historias irónicas y trágicas como las del poeta judío Karl Wolfskel, hijo de prominentes banqueros alemanes, coleccionista apasionado de libros y mujeres, consagrado como rey, sin corona del "barrio latino" de Munich. Su erudición en mitología pagana hizo que el cenáculo de escritores que rodeaba al poeta Stefan George se interesara en el simbolismo antiguo y el significado de los modelos matriarcales. De estos emblemas, el cenáculo rescató la "esvástica", la rueda del sol antigua que se había usado en toda Asia e incluso en algunas sinagogas de los tiempos bíblicos. La esvástica, en su contexto original, simbolizaba la unión del dios-padre con la diosa-madre. Usada como emblema en la revista literaria de Stefan George, pasaría luego a ser el distintivo del nazismo. Como señala Grunfeld, Wolfskel (que salvó la vida milagrosamente huyendo de Alemania) fue "crucificado" metafóricamente en la misma esvástica que él había ayudado a descubrir.

Con sobriedad y talento, Grunfeld (que es, además, editor consejero de *Time-Life* y colaborador de *Saturday Review*) narra los trágicos suicidios en el exilio de Toller, Zweig, la imposible fuga de Walter Benjamin y la impotencia de los intelectuales como Ludwig y Feutchwanger obligados a escribir sobre temas históricos porque al mundo, al principio, todavía no le interesaba enterarse de los horrores del nazismo.

Es difícil que los que no han estudiado las artes de Alemania en detalle puedan captar la magnitud del desastre, pero podía ser ilustrativo imaginar que el mundo de habla inglesa hubiera tenido que sufrir un destino similar: que las escuelas, universidades, bibliotecas y museos hubieran sido 'purgados' de indeseables y de sus obras, que Aldous Huxley hubiera sido torturado en un campo de concentración cerca de Oxford, que el viejo Bernard Shaw se suicidara en un barco rumbo a Sudamérica, que T.S. Eliot hubiera muerto exilado en Perú; que Hemingway y Fitzgerald fueran obligados a vivir sus últimos días en una pequeña comunidad de Guatemala... y que W. H. Auden, Marianne Moore, Louis Armstrong, Aaron Copland y E. E. Cummings estaban entre los que fueron detenidos por la policía y gaseados".

Grunfeld utiliza esta comparación para que lo entiendan los lectores norteamericanos e ingleses. Quizás el lector argentino no necesite de tantas metáforas.

Sigmund Freud **Albert Einstein** **Franz Kafka** **Gustav Mahler**



BROCH:
PARA SOBREVIVIR A LA ETERNIDAD

Por Tomás Eloy Martínez

Cinco semanas yació Hermann Broch en los sótanos de la prisión de Altaussee, Austria, acusado de profesar el judaísmo y de conspirar contra la seguridad del Estado: cinco semanas, desde el 30 de abril al 9 de junio de 1938, ciego a todo lo que no fuera el jarro de agua cotidiano y sensible sólo al castigo de sus desbocados pensamientos. Día y noche, a intervalos irregulares, un discurso frenético brotaba de los altoparlantes de la cárcel. Siempre era el mismo texto, siempre la misma garganta de Adolf Hitler navegando por un río de jactancia y de improperios: "Yo, hijo de este país, sé que fui enviado por Dios al Reich con la misión de engrandecerlo. Yo sé que Dios quiso elevarme a la dignidad de jefe supremo para que mi patria fuera devuelta al seno del Reich. Creo que existe un orden superior y que sólo he sido su instrumento".

En 1933 Hermann Broch había soñado con la muerte. Ahora, la noche del 2 de junio de 1938, la incesante voz de Hitler (o acaso no esa voz, recordaría él más tarde, sino la espuma infernal que aquella voz depositaba en alguna orilla de su memoria) desataba puntualmente el mismo sueño.

Había sucedido, como ahora, a fines de la primavera. En el sueño, Broch era Virgilio. Se veía agonizando sobre la galera imperial que Augusto hacía anclar en el puerto de Brindis, sentía que lo llevaban a tierra para morir, y que su cuerpo, tendido ante los jardines de un palacio, de espaldas a los reñideros del mercado, se entregaba a la contemplación de su inexorable podredumbre. Entre las manos de Broch había un libro, *La Eneida*. Un fuego venido de otra parte devoraba las páginas.

La noche del 2 de junio de 1938, Broch supo que aquella visión de la eternidad no sería vana. Que de algún modo sobreviviría para que el sueño fuera escrito y para que el orden de otro dios menos patriótico y más misericordioso se impusiera sobre el orden del dios a quien Hitler invocaba monótonamente.

Así fue como brotó la primera página de una novela (¿o poema, o auto sacramental, o revelación esotérica, o número secreto donde todas las ciencias del hombre se encuentran?) cuyos deslumbramientos tardan aún en manifestarse. "Punto de llegada para el espíritu del hombre", dirían de ella Heinrich Boll y Uwe Johnson; "dibujo definitivo de lo que somos", según Hermann Hesse.

La muerte de Virgilio iba a publicarse siete años más tarde, en 1945. Una versión argentina, editada por Peuser en 1950, convirtió en un semillero de oscuridades los larguísimos períodos del texto original, concebido como un encadenamiento de sustantivos rítmicos que van transformando su significado mientras avanzan. Quien se admire hoy por los estribillos de Thomas Bernhard puede encontrar las fuentes en Broch.

El samaritano silencioso

Broch no escribió jamás una palabra sobre sí mismo. Ni una libreta de apuntes ni la sombra de un diario fueron encontrados entre sus papeles de difunto. La única vez que aludió a su obra fue en 1954, cuando envió al traductor inglés de *La muerte de Virgilio* una serie de observaciones sobre su método de composición. Y aun en ese caso, como en muchas de sus cartas, Broch se mencionó en tercera persona.

La suya no es una biografía secreta, sin embargo. Se sabe que nació el 1° de noviembre de 1886 en Viena, que era el hijo mayor de una familia de empresarios textiles millonarios y piadosos, a la que defraudó abrazando la poesía en vez del comercio o los estudios rabínicos.

Hacia 1928, una repentina iluminación lo aventó del medio donde había crecido y al que parecía ser escrupulosamente fiel. Renunció a la administración de la fábrica del padre y a la herencia familiar, donó la herencia al medio millar de obreros que trabajaban allí, y retornó a la Universidad de Viena (de la que había salido una década antes, con un doctorado en Ingeniería), para estudiar Filosofía y Matemáticas.

Hanna Arendt, una de sus amigas tardías, ha contado que Broch se consagró desde entonces a vivir para los otros, y que esa pasión de servicio lo llevaría, en 1945 —cuando empezó a recibir, en su exilio de Connecticut, noticias sobre los campos de exterminio—, a imponer sacrificios imposibles a su cuerpo y a desviar las aguas de su literatura hacia otros cauces.

"Siempre que veía a alguien en dificultades —refiere Hanna Arendt—, siempre que alguien, conocido o amigo, caía enfermo o no tenía dinero, Broch era quien se encargaba de todo. Parecía normal que Broch, falto de tiempo y de fortuna, acudiera a prestar ayuda. Sólo se libraba de estos menesteres de samaritano (...) cuando él mismo, no sin cierto regocijo infantil y malicioso, daba con sus huesos en el hospital y allí recibía un poco de esa tranquilidad que no se puede negar a una pierna rota o a un tendón herido."

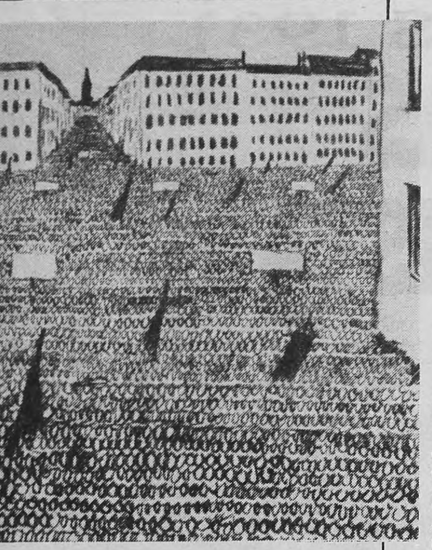
La vida de Broch, observó Arendt, tendió a ser simultáneamente poesía, investigación y actividad. Su obra fluyó en las mismas direcciones. Entre 1931 y 1932 publicó una trilogía narrativa, *Los sonámbulos*, que describe la crisis del idealismo, el fin de la imaginación romántica y el advenimiento de una crítica de la realidad regida más por la ciencia que por los sueños. La trilogía se teje sobre el fondo de la Alemania de Bismarck, en las últimas décadas del siglo XIX, y se detiene en 1918, después de la derrota del Kaiser. En las dos primeras partes ("Pasenow o el romanticismo", "Esch o la anarquía") el lenguaje de Broch es moroso, reflexivo, intenso. En la última, "Huguenau o el realismo", hay ya una puntual prefiguración de *La muerte de Virgilio*. A través de un lenguaje que se encadena sin pausas de respiración, el texto va afirmándose sobre cada palabra hasta hacerla estallar, obsesivamente, mientras despliega el tema de una civilización enfrentada con su fin inevitable.

Una década más tarde, en *La muerte de Virgilio*, Broch advirtió que la novela debía imponerse a sí misma la estructura unitaria y circular de la vida. "El arte es impaciente", escribió entonces, en un estudio sobre Hofmannsthal. "No hay en el arte progreso auténtico ni conocimiento parcial, sino que cada una de sus obras, hasta la más insignificante, debe procurar la aprehensión inmediata y directa de la totalidad del mundo."

La novela totalizadora: era la misma ambición ante cuyo altar se habían quemado Tolstoi y Dostoievski, Turgueniev y Flaubert. Se trataba de resucitar un mundo que copiara el de Dios, sin tiempo y sin espacio. Pero si la empresa de aquéllos consistió en la narración del mundo (o, sobre todo en el caso de Flaubert, en la conversión del mundo en lenguaje), Broch pretendía ir más lejos: tenía por objetivo el conocimiento, el hallazgo de una piedra filosofal que contuviera dentro de sí a la eternidad.

Con la curiosidad de quien entreabre las puertas de la muerte, sometió a la palabra a los experimentos más crueles: la redujo a su nada y la extendió hasta los límites de su todo. Logró que la palabra fuera a la vez la respiración de un feto, la memoria de un recién nacido, el silencio de un sordo, el chisme de una vecina, la profecía de un sabio, la imagen del absoluto que acude al corazón de un moribundo.





mujeres con pañuelos blancos que salieron a la calle a buscar a sus hijos.)

El edificio de Tempelhof, símbolo de la arquitectura de la barbarie nazi, ostenta desde hace 42 años la bandera norteamericana. Allí Ronald Reagan y su Nancy entonaron el "happy birtdhay to you" mientras oleadas de confetino lograban desdibujar su sonrisa para los televisores. La barbarie no estaba ya presente pero lo irracional campea siempre, esta vez en el consumismo del auto y la energía atómica. (A cuatro años de democracia, los argentinos discuten hoy si hay que ascender o no a un trágico muñeco uniformado asesino de dos monjas y una adolescente.) La irracionalidad, la barbarie y el oportunismo están en todas las latitudes, en todos los tiempos.

y trágicas como las del poeta judío Karl Wolfskel, hijo de prominentes banqueros alemanes, coleccionista apasionado de libros y mujeres, consagrado como rey, sin corona del "barrio latino" de Munich. Su erudición en mitología pagana hizo que el cenáculo de escritores que rodeaba al poeta Stefan George se interesara en el simbolismo antiguo y el significado de los modelos matriarcales. De estos emblemas, el cenáculo rescató la "esvástica", la rueda del sol antigua que se había usado en toda Asia e incluso en algunas sinagogas de los tiempos bíblicos. La esvástica, en su contexto original, simbolizaba la unión del dios-padre con la diosa-madre. Usada como emblema en la revista literaria de Stefan George, pasaría luego a ser el distintivo del nazismo. Como señala Grunfeld, Wolfskel (que salvó la vida milagrosamente huyendo de Alemania) fue "crucificado" metafóricamente en la misma esvástica que él había ayudado a descubrir.

Con sobriedad y talento, Grunfeld (que es, además, editor consejero de *Time-Life* y colaborador de *Saturday Review*) narra los trágicos suicidios en el exilio de Toller, Zweig, la imposible fuga de Walter Benjamin y la impotencia de los intelectuales como Ludwig y Feutchwanger obligados a escribir sobre temas históricos porque al mundo, al principio, todavía no le interesaba enterarse de los horrores del nazismo.

Es difícil que los que no han estudiado las artes de Alemania en detalle puedan captar la magnitud del desastre, pero podía ser ilustrativo imaginar que el mundo de habla inglesa hubiera tenido que sufrir un destino similar: que las escuelas, universidades, bibliotecas y museos hubieran sido 'purgados' de indeseables y de sus obras, que Aldous Huxley hubiera sido torturado en un campo de concentración cerca de Oxford, que el viejo Bernard Shaw se suicidara en un barco rumbo a Sudamérica, que T.S. Eliot hubiera muerto exilado en Perú; que Hemingway y Fitzgerald fueran obligados a vivir sus últimos días en una pequeña comunidad de Guatemala... y que W. H. Auden, Marianne Moore, Louis Armstrong, Aaron Copland y E. E. Cummings estaban entre los que fueron detenidos por la policía y gaseados".

Grunfeld utiliza esta comparación para que lo entiendan los lectores norteamericanos e ingleses. Quizás el lector argentino no necesite de tantas metáforas.

BROCH: PARA SOBREVIVIR A LA ETERNIDAD

Por Tomás Eloy Martínez

Cinco semanas yació Hermann Broch en los sótanos de la prisión de Altaussee, Austria, acusado de profesar el judaísmo y de conspirar contra la seguridad del Estado: cinco semanas, desde el 30 de abril al 9 de junio de 1938, ciego a todo lo que no fuera el jarro de agua cotidiano y sensible sólo al castigo de sus desbocados pensamientos. Día y noche, a intervalos irregulares, un discurso frenético brotaba de los altoparlantes de la cárcel. Siempre era el mismo texto, siempre la misma garganta de Adolf Hitler navegando por un río de jactancia y de improperios: "Yo, hijo de este país, sé que fui enviado por Dios al Reich con la misión de engrandecerlo. Yo sé que Dios quiso elevarme a la dignidad de jefe supremo para que mi patria fuera devuelta al seno del Reich. Creo que existe un orden superior y que sólo he sido su instrumento".

En 1933 Hermann Broch había soñado con la muerte. Ahora, la noche del 2 de junio de 1938, la incesante voz de Hitler (o acaso no esa voz, recordaría él más tarde, sino la espuma infernal que aquella voz despositaba en alguna orilla de su memoria) desataba puntualmente el mismo sueño.

Había sucedido, como ahora, a fines de la primavera. En el sueño, Broch era Virgilio. Se veía agonizando sobre la galera imperial que Augusto hacía anclar en el puerto de Brindis, sentía que lo llevaban a tierra para morir, y que su cuerpo, tendido ante los jardines de un palacio, de espaldas a los reñideros del mercado, se entregaba a la contemplación de su inexorable podredumbre. Entre las manos de Broch había un libro, *La Eneida*. Un fuego venido de otra parte devoraba las páginas.

La noche del 2 de junio de 1938, Broch supo que aquella visión de la eternidad no sería vana. Que de algún modo sobreviviría para que el sueño fuera escrito y para que el orden de otro dios menos patriótico y más misericordioso se impusiera sobre el orden del dios a quien Hitler invocaba monótonamente.

Así fue como brotó la primera página de una novela (¿o poema, o auto sacramental, o revelación esotérica, o número secreto donde todas las ciencias del hombre se encuentran?) cuyos deslumbramientos tardan aún en manifestarse. "Punto de llegada para el espíritu del hombre", dirían de ella Heinrich Boll y Uwe Johnson; "dibujo definitivo de lo que somos", según Hermann Hesse.

La muerte de Virgilio iba a publicarse siete años más tarde, en 1945. Una versión argentina, editada por Peuser en 1950, convirtió en un semillero de oscuridades los larguísimos periodos del texto original, concebido como un encadenamiento de sustantivos rítmicos que van transformando su significado mientras avanzan. Quien se admire hoy por los estribillos de Thomas Bernhard puede encontrar las fuentes en Broch.

El samaritano silencioso

Broch no escribió jamás una palabra sobre sí mismo. Ni una libreta de apuntes ni la sombra de un diario fueron encontrados entre sus papeles de difunto. La única vez que aludió a su obra fue en 1954, cuando envió al traductor inglés de *La muerte de Virgilio* una serie de observaciones sobre su método de composición. Y aun en ese caso, como en muchas de sus cartas, Broch se mencionó en tercera persona.

La suya no es una biografía secreta, sin embargo. Se sabe que nació el 1° de noviembre de 1886 en Viena, que era el hijo mayor de una familia de empresarios textiles millonarios y piadosos, a la que defraudó abrazando la poesía en vez del comercio o los estudios rabínicos.

Hacia 1928, una repentina iluminación lo aventó del medio donde había crecido y al que parecía ser escrupulosamente fiel. Renunció a la administración de la fábrica del padre y a la herencia familiar, donó la herencia al medio millar de obreros que trabajaban allí, y retornó a la Universidad de Viena (de la que había salido una década antes, con un doctorado en Ingeniería), para estudiar Filosofía y Matemáticas.

Hanna Arendt, una de sus amigas tardías, ha contado que Broch se consagró desde entonces a vivir para los otros, y que esa pasión de servicio lo llevaría, en 1945 —cuando empezó a recibir, en su exilio de Connecticut, noticias sobre los campos de exterminio—, a imponer sacrificios imposibles a su cuerpo y a desviar las aguas de su literatura hacia otros cauces.

"Siempre que veía a alguien en dificultades —refiere Hanna Arendt—, siempre que alguien, conocido o amigo, caía enfermo o no tenía dinero, Broch era quien se encargaba de todo. Parecía normal que Broch, falto de tiempo y de fortuna, acudiera a prestar ayuda. Sólo se libraba de estos menesteres de samaritano (...) cuando él mismo, no sin cierto regocijo infantil y malicioso, daba con sus huesos en el hospital y allí recibía un poco de esa tranquilidad que no se puede negar a una pierna rota o a un tendón herido."

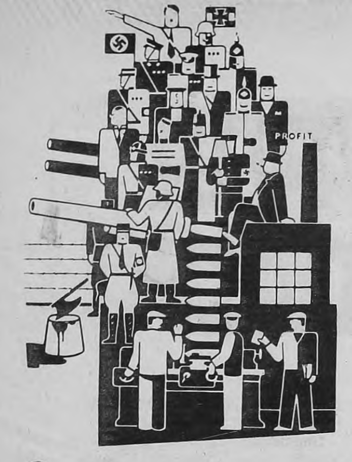
La vida de Broch, observó Arendt, tendió a ser simultáneamente poesía, investigación y actividad. Su obra fluyó en las mismas direcciones. Entre 1931 y 1932 publicó una trilogía narrativa, *Los sonámbulos*, que describe la crisis del idealismo, el fin de la imaginación romántica y el advenimiento de una crítica de la realidad regida más por la ciencia que por los sueños. La trilogía se teje sobre el fondo de la Alemania de Bismarck, en las últimas décadas del siglo XIX, y se detiene en 1918, después de la derrota del Kaiser. En las dos primeras partes ("Pasenow o el romanticismo", "Esch o la anarquía") el lenguaje de Broch es moroso, reflexivo, intenso. En la última, "Huguenau o el realismo", hay ya una puntual prefiguración de *La muerte de Virgilio*. A través de un lenguaje que se encadena sin pausas de respiración, el texto va afirmándose sobre cada palabra hasta hacerla estallar, obsesivamente, mientras despliega el tema de una civilización enfrentada con su fin inevitable.

Una década más tarde, en *La muerte de Virgilio*, Broch advirtió que la novela debía imponerse a sí misma la estructura unitaria y circular de la vida. "El arte es impaciente", escribió entonces, en un estudio sobre Hofmannsthal. "No hay en el arte progreso auténtico ni conocimiento parcial, sino que cada una de sus obras, hasta la más insignificante, debe procurar la aprehensión inmediata y directa de la totalidad del mundo."

La novela totalizadora: era la misma ambición ante cuyo altar se habían quemado Tolstoi y Dostoievski, Turgueniev y Flaubert. Se trataba de resucitar un mundo que copiara el de Dios, sin tiempo y sin espacio. Pero si la empresa de aquéllos consistió en la narración del mundo (o, sobre todo en el caso de Flaubert, en la conversión del mundo en lenguaje), Broch pretendía ir más lejos: tenía por objetivo el conocimiento, el hallazgo de una piedra filosofal que contuviera dentro de sí a la eternidad.

Con la curiosidad de quien entreabre las puertas de la muerte, sometió a la palabra a los experimentos más crueles: la redujo a su nada y la extendió hasta los límites de su todo. Logró que la palabra fuera a la vez la respiración de un feto, la memoria de un recién nacido, el silencio de un sordo, el chisme de una vecina, la profecía de un sabio, la imagen del absoluto que acude al corazón de un moribundo.







BROCH:

Para sobrevivir a la eternidad

Broch intentaría otras veces esa aventura suprema del conocimiento: en 1950 reunió en *Los inocentes* un conjunto de fábulas y poemas dispersos —escritos entre 1913 y 1933— unidos por fragmentos nuevos que enlazaban un texto y otro hasta resumirlos en dos palabras antípodas: Yo y Todo.

Tiempo después, en 1953, exhumó una novela que había escrito en 1936, *El encantamiento.* Inscripta dentro de esa línea que Broch había definido como "polihistórica", la obra era una sinfonía de historias que despedazaban obsesivamente el lenguaje en el cerrado infierno de una aldea de montaña gobernada por un íncubo de Hitler.

Entre los papeles póstumos de Broch se descubrió otra novela que corregía la versión publicada de *El encantamiento,* y otra más, que a su vez corregía la corrección: no una misma obra sino tres diversos movimientos de un coro que arrancaba tramas inesperadas al tejido de una cantata ya conocida. Como si todo fuera, inevitablemente, un principio.

El poder de la Justicia

El 9 de junio de 1938, Hitler esperaba obtener concesiones aún más amplias de los aliados: sólo tres meses más tarde recibiría en Munich la carta blanca que necesitaba. El insignificante poeta recluido en la prisión de Altaussee, por cuya libertad clamaban James Joyce desde París, Edwin Muir y Stephen Hudson desde Londres, se convirtió en un rehén incómodo. La Gestapo se desentendió de él. Un general nazi, Wilhelm Kepler, le confirió la gracia del exilio.

Aquel judío que había soñado con la muerte y que, en cierto modo, había contemplado en una sola noche todas las profecías de la muerte, se dispuso entonces a dar testimonio de la resurrección. La obra que fluyó de esa experiencia cuenta las dieciocho últimas horas de Virgilio en Brindis: la intrincada letanía de un agonizante que descubre en la razón todos los teoremas de la sinrazón, en el silencio todas las lecciones del conocimiento, en la palabra todas las combinaciones de la música. El agonizante Virgilio sabe que la obra de su vida, *La Eneida,* debe ser quemada para rendir tributo a la ciencia empírica, y salvada para justificar la política del César: así, la actividad triunfa sobre la investigación, del mismo modo que la investigación ha triunfado sobre la poesía.

Broch murió el 30 de mayo de 1951 en un hospital de New Haven, Connecticut, cerca del campus de la Universidad de Yale, donde trabajaba como profesor "de honor". La noche antes pidió que le llevaran un ejemplar alemán de *La muerte de Virgilio.* Tiempo después, examinando el libro, Hanna Arendt descubrió las siguientes líneas manuscritas; ellas resumen, mejor que ningún otro texto, las iluminaciones que Hermann Broch se llevaría a la eternidad: "Aquí, entre las manos, tengo ahora la rosa de los vientos. En cada una de sus puntas hay una frase que señala hacia dónde está soplando la historia: *Justicia crea Poder* es el Paraíso, *Poder crea Injusticia* es el Purgatorio, *Injusticia crea Poder* es el Infierno. Pero como la rosa sabe que el milagro llega sólo cuando se lo invoca, la cuarta flecha pide que se conceda *Poder a la Justicia.* Tal es el último signo del conocimiento".

BUENOS AIRES 1931

FASCISTAS Y ANTIFASCISTAS

Fue, quizás, uno de los acontecimientos culturales más importantes que vivió la Argentina en este siglo, pero son pocos los que lo recuerdan. En setiembre de 1936, la guerra civil española y la posibilidad inminente de una segunda contienda mundial ocupaban la primera plana de los diarios. Es en ese marco histórico en el que se desarrolla en Buenos Aires el *XIV Congreso Internacional de Escritores de los PEN CLUB* al que asisten algunos de los más destacados intelectuales de la época. "Tres grandes iluminados serán huéspedes de Buenos Aires" titula, pomposamente, *La Razón* en su edición del jueves 3 de setiembre de 1936. Los "tres grandes iluminados" a los que se refiere el artículo son los escritores Stefan Zweig, Georges Duhamel y Emil Ludwig. Pero no son los únicos. Esta "fiesta de la civilización" que convierte a la ciudad en la "zona espiritual más alta del mundo" es pródiga en luminarias. Las "señoritas de Filosofía y Letras" convertidas en cazadoras de autógrafos corren por los pasillos del Concejo Deliberante tras las firmas del poeta futurista Filippo Tomasso Marinetti, del filósofo Jacques Maritain, del laureado Jules Romains, del casi desconocido en ese momento Henri Michaux, del boliviano Alcides Arguedas o del italiano Giusseppe Ungaretti.

Más allá del cholulismo intelectual o el lenguaje rimbombante de los diarios de la época, el congreso tiene una importancia política especial. Así lo demostrarían los ruidosos incidentes protagonizados en la sesión del martes 8 de setiembre donde "gruesos epítetos" y "puños amenazantes" quebraron la paz idílica del parnaso.

Como lo señala Lionel Richard en su libro *El nazismo y la cultura*, la guerra civil española y las primeras persecuciones nazis ya habían movilizado la conciencia de los intelectuales nucleados en la "Unión Internacional de Escritores" que es la organizadora del famoso congreso antifascista que se desarrolló en 1937 en Madrid y Valencia casi en pleno campo de batalla.

En cambio, el PEN CLUB (organización fundada después de la Primera Guerra Mundial cuyos objetivos eran la defensa de la libertad de pensamiento y la fraternidad universal de escritores más allá de sus diferencias ideológicas) se caracterizaba por su prescindencia política. Una asepsia de la que se había apartado sólo en mayo de 1933 cuando decidió expulsar a los miembros nazis del PEN CLUB alemán después de que Hitler quemara en hogueras públicas las obras de Freud, Heine, Espinoza, Thomas Mann, Erich María Remarque entre otras. El cargo consistía en "no haber sabido mantener el respeto de las obras de arte más allá de las pasiones políticas". Sin embargo, el presidente del PEN CLUB, el renombrado intelectual británico H. G. Wells había logrado "con celo y tacto una inteligente declaración de principio por parte del PEN CLUB de Italia, a fin de lograr el necesario respeto por las obras contrarias a la ideología imperante en la península". El tacto de Wells explicaba la presencia en Buenos Aires de destacados intelectuales fascistas como los italianos Filippo Marinetti y Giusseppe Ungaretti.

Paternalmente, Wells desde Inglaterra también manda un mensaje donde luego de excusarse por su inasistencia, aconseja no dejarse "turbar en demasía por las urgencias políticas del momento ni por demostraciones de partido y exclusivamente temerarias".

Sin embargo, las primeras declaraciones a la prensa de algunos intelectuales hablan de una realidad donde lo político no se puede soslayar. "Dos ideas esenciales gobiernan este congreso: la idea de la libertad que muere y la idea de la guerra que se avecina" explica cautamente el francés Georges Duhamel.

Menos cauto es el público que colma las tribunas y pasillos del Concejo Deliberante en el que se puede advertir claramente la presencia de dos bandos en pugna. Sin embargo, el lenguaje abstracto y los eufemismos reinan en las primeras sesiones.

En su discurso inaugural, el presidente de la delegación argentina, el nacionalista Carlos Ibarguren (fundador de *La Nueva República* y simpatizante del fascismo) habla sobre la "ideología del espíritu" en contra del materialismo, mientras el democrático Jules Romains hace un elogio lírico de la libertad. La escritora Victoria Ocampo avanza prudentemente en el tema de la función social del escritor y la imposibilidad de los intelectuales de "permanecer sentados en sus plateas y contemplar el desquicio actual con anteojos de teatro". Citando a André Gide, cree ver "un signo de los tiempos en que ya no se permite el juego, ni siquiera el de la inteligencia". A pesar de la cautela, se produce el primer enfrentamiento con Marinetti quien con voz apasionada y convencida acusa a Victoria Ocampo de rebajar el valor esencial de la obra del escritor, ya que el arte está por encima de cualquier objetivo político-social. Como la discusión sigue en el terreno de las alegorías, la "torre de marfil" es la táctica adoptada por el poeta del Duce.

Es Emil Ludwig el primero en salir, como él mismo dice, de los "campos elíseos" de los discursos, para hablar de una manera más "sustancial y amarga en nombre de los escritores alemanes emigrados y exilados". Con elocuencia apasionada, alerta sobre la quema de libros en Alemania, los escritores perseguidos y asesinados, aclarando que los judíos y comunistas están lejos de ser la mayoría de las víctimas. "Encuentro monstruoso que en el país de Schiller se haya suprimido la libertad de palabra de la que acabáis de hablar con tanta devoción... Se nos invita a permanecer en el Edén del espíritu. Permitidme afirmar que en otros países también estos bellos jardines serán rodeados de metralletas... Me han aconsejado no pronunciar aquí la palabra 'guerra' para no quebrar la atmósfera idílica de nuestra asamblea... pero la suerte de los escritores alemanes puede ser mañana la vuestra... Si algún día un historiador hablara de un congreso internacional de pensadores desarrollado en 1936, él no podrá decir que ese congreso ha permanecido mudo frente a los peligros que amenazan el espíritu y a los servidores del espíritu."

Hábilmente Marinetti aplaude con fervor a Emil Ludwig y aclara, que "la Italia fascista es una y la literaria es otra... Los escritores de verdad no tienen motivo de queja en mi patria... Nadie molesta a Benedetto Croce... Cenci escribió contra el Duce y la Academia Italiana le otorgó un premio de 50.000 liras que se llama premio Mussolini... Mussolini dijo que nadie podrá decir de él que había castigado a un filósofo... La literatura no está reñida con la patria".

Ludwig quiere replicarle, pero el presidente Ibarguren no le permite. Todo termina en un lírico llamamiento a la paz mundial propuesto por Jules Romains que los fascistas firman también sin problema.

Sin embargo, el miércoles 8 de setiembre los porteños se desayunan con la noticia de que habían ocurrido ruidosos incidentes en el Congreso de Escritores. "Era impresionante el aspecto del recinto de sesiones" se lamenta el titular de *La Razón.* Todo ocurrió en la sesión del martes a la tarde, cuando a solicitud de Ibarguren, la presidencia la ocupó el histriónico Marinetti. La modorra de la siesta cundía en la sala y hasta Jules Romains empezó su discurso con aire soñoliento. Pero lo que dijo despertó a todos rápidamente. El francés comenzó leyendo un texto donde se predicaba el "orgullo italiano plusvalorizador", el odio a lo extranjero, la necesidad de dar una educación bélica a niños y adolescentes, para finalizar levantando como consigna que "la guerra es la sola higiene del mundo". Aclaró que el autor del texto era el italiano Marinetti y que se había publicado hacía sólo un mes en la revista *Azzione Imperiale,* de la cual el poeta era director. "Me extraña que Marinetti haya escrito esto hace poco y esta mañana haya firmado el manifiesto de paz. Pido a la delegación italiana que aclare su actitud porque si no todo parecerá una burla."

En ese mismo momento, comenzó la batahola. Marinetti estaba con el rostro congestionado de ira, mientras Ungaretti agitando los puños en dirección a Jules Romains, gritaba: "Es un villano y un provocador de guerras". Gruesos epítetos y gestos amenazantes abundaban entre el público y los escritores. Marinetti se defendía diciendo que amaba la paz, pero más amaba a su patria, mientras Jules Romains pedía la expulsión de los italianos del PEN CLUB. "Venimos a hablar de literatura y no de política" gritaba Carlos Ibarguren mientras hacía sonar sin éxito la campanilla de alarma.

Jules Romains terminó haciendo las paces con Marinetti y hasta se habló de Roma como sede para una nueva reunión. "Este congreso no será tachado de marxista, sino de bizantino" decía irónicamente el delegado belga Pierard. A pesar de la amenaza fascista, muchos intelectuales democráticos seguían tratando de sostener el parnaso, la fraternidad universal del pensamiento más allá de todo compromiso ideológico.

